

# **La mundanidad**

Las causas – Los efectos – El remedio

Le Messenger Évangélique

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Introducción</b> . . . . .	<b>3</b>
<b>2 - Las causas</b> . . . . .	<b>4</b>
2.1 - ¿Por qué somos mundanos? . . . . .	4
<b>3 - Los efectos</b> . . . . .	<b>5</b>
3.1 - La pobreza espiritual y sus manifestaciones . . . . .	6
3.2 - Las pérdidas espirituales de la mundanidad . . . . .	6
<b>4 - El remedio</b> . . . . .	<b>8</b>
4.1 - Los 2 aspectos de la venida del Señor para animarnos . . . . .	10

## 1 - Introducción

Hace unos 150 años, plugo al Señor despertar a una parte de su pueblo haciéndole comprender por medio de la Palabra que él volvía. Al mismo tiempo se redescubrieron otras verdades, como las relativas al Cuerpo de Cristo y a la presencia del Espíritu Santo, con el resultado de que muchos creyentes se dieron cuenta de que el único camino para el cristiano era la separación de con mundo bajo sus 3 formas: social, política y religiosa.

Los que así se dieron cuenta del verdadero carácter y vocación de la Iglesia comenzaron a reunirse con sencillez para recordar al Señor Jesucristo en el partimiento del pan y para adorar al Padre en Espíritu y en verdad.

Es de suma importancia señalar que fue en relación con una *completa separación moral* como se restableció esta situación. ¿No es cierto que, para que se mantenga, debe seguir existiendo hoy la misma separación? De eso no cabe duda.

Pero ¿no vemos signos de que el *mundo nos invade*, nos invade poco a poco? Hay mucha más dejadez que antes. Lo que antes no se habría aceptado, ahora se tolera, incluso se recomienda. La disposición a adoptar las modas del mundo, la rapidez con que el pueblo de Dios se apodera de todo lo popular y lo considera saludable, son todos indicios más o menos claros de que la línea divisoria está desapareciendo gradual pero seguramente.

Leemos en [Jueces 2:7-11](#) que los hijos de Israel, después de establecerse en la tierra, «el pueblo había servido a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían visto todas las grandes obras de Jehová, que él había hecho por Israel... Después los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales».

Esta es una lección y una advertencia. ¡Qué triste será el día en que la verdad deje de tener un efecto separador! No faltan signos de que este peligro nos amenaza, y de hecho ya está entre nosotros. Por lo tanto, al considerar este tema de la mundanidad, es útil examinar primero sus causas, luego señalar al menos algunos de sus efectos, y finalmente sugerir un remedio, o un antídoto contra este veneno.

## 2 - Las causas

### 2.1 - ¿Por qué somos mundanos?

La causa principal está profundamente arraigada en el corazón humano. Es *el amor propio*. ¿No es la mundanidad, de una forma u otra, la búsqueda de lo que complace al *ego*? Si hubiera una ausencia total de esta búsqueda, la mundanidad sería una imposibilidad.

Pero este principio básico es tan antiguo como la raza humana. Se manifestó al principio en el Jardín del Edén, pues *el egoísmo* destaca bajo el acto de nuestros primeros padres. Eva vio «que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió» (Gén. 3:6).

Dios queda aquí fuera de lo que Eva considera; ella misma se convierte en su centro y objeto; y siempre ha sido así con el hombre, como hombre. ¡Qué diferencia con el Señor Jesús, cuando fue tentado! Satanás apeló siempre al interés propio, pero éste no existía en Él.

Entonces, si preguntáramos: ¿por qué somos mundanos? la respuesta, ante todo, es: “Porque somos *egoístas*”. Y solo podremos dejar de ser mundanos de verdad cuando Dios se convierta para nosotros en el centro, en lugar de *nosotros mismos*. Ojalá que todos nos dejemos penetrar por esta verdad tan importante como sencilla.

Así pues, la primera y principal causa se encuentra en nuestro propio corazón; las demás, en todo lo que *nos rodea*. El mundo nunca ha sido tan fascinante. Parece que Satanás está haciendo ahora un esfuerzo supremo para hacerlo más bello, para mejorarlo, para hacer creer a los cristianos que no es tan malo después de todo, y para hacerles relajar su vigilancia.

Los hijos de Dios corren siempre el riesgo de dejarse influir por el ambiente de la época, que hoy es claramente de placer. Hablando del día presente, la Palabra no solo nos dice que los hombres serán egoístas (amantes de sí mismos), lo cual, como hemos visto, es la esencia misma de la mundanidad, sino que los describe como «amigos de placeres más bien que amigos de Dios» (2 Tim. 3:2-4).

Si esta es la atmósfera que nos rodea y que, por desgracia, caracteriza incluso al mundo religioso, ¿no corremos el peligro de contagiarnos de ella? Incluso, ¿no lo estamos ya?

Nótese que la Escritura no condena todos los placeres. El ejercicio físico es una actividad «útil», ciertamente hasta cierto punto y por poco tiempo. Pero debemos guardar la medida de la proporción y no olvidar el «*más bien*» que amigos de Dios.

Quiera Dios que nos preguntemos más a menudo: ¿Hay algo que yo ame más que a Dios? A menudo el mal no está en las cosas mismas, sino en el hecho de que dejamos que ocupen el lugar que *Él* debería ocupar.

Hay muchas cosas, aparte de lo que llamamos placeres, que pueden tener efectos desafortunados en nosotros, si no tenemos cuidado de guardarnos de ellas. *Nuestra ropa*, por ejemplo, *las modas* que queremos seguir; luego *los asuntos* en que estamos ocupados y que a menudo monopolizan durante largas horas la totalidad de nuestras facultades cerebrales o nerviosas, a menos que haya en nosotros la firme determinación de buscar *primero* el reino de Dios y su justicia, y la fe de creer que todas las demás cosas se nos darán por añadidura.

Además, la ausencia de persecuciones y la posibilidad que tenemos de vivir en buenas relaciones con el mundo nos atrapan fácilmente; ¡cuántas personas conocemos cuya decadencia en piedad y mundanidad puede atribuirse a su éxito en la vida! Es difícil desprenderse del mundo cuando se es muy próspero.

Estas, ¿no son *causas de mundanidad*? ¿No deberíamos preguntarnos seriamente, al estar en presencia de Aquel a quien nos dirigimos, en qué medida nos han afectado estas causas?

Con tantas cosas que nos atraen fuera del estrecho camino de la separación, ¡cuán necesario es estar en guardia, ante todo y sobre todo contra las tendencias dentro de nosotros mismos!

La mundanidad está *en nuestros corazones* antes de estar *en nuestro exterior* o en *nuestros hogares*. Por tanto, es el corazón el que hay que vigilar con toda diligencia; si no es mundano, es muy probable que el resto tampoco lo sea.

### 3 - Los efectos

Veamos ahora los efectos de la mundanidad. Ella disminuye el poder en la predicación, en la oración, en la adoración, en el testimonio para el Señor; y algunos que están afectados por ella apenas lo notan. Pero podemos verlo en el hecho de que se acomodan *más y más en las cosas del presente*. La decadencia gradual es quizás una

de las formas más sutiles de mundanidad.

Muchos están en la posición de Lot después de dejar a Abraham y antes de entrar en Sodoma. Las llanuras bien regadas tienen para ellos la misma atracción que tuvieron para él. Hablan la lengua de Abraham, pero sus rostros están vueltos hacia Sodoma. La venida del Señor es una doctrina a la que todavía se aferran, pero no es la expectativa de sus corazones. Leen sus periódicos con placer, pero ¡cuán pocos de ellos saben lo que es suplicar a Dios en favor de los demás, como hizo Abraham! Podríamos multiplicar los ejemplos y detenernos en ellos durante mucho tiempo, pero preferimos destacar un punto: la *pérdida* que es el resultado inevitable de la mundanidad.

### 3.1 - La pobreza espiritual y sus manifestaciones

La mundanidad engendra la pobreza espiritual. Muy pocas personas se dan cuenta de la realidad de esta pérdida. Por supuesto, no se puede evaluar al final del año de la misma manera que se evalúan las pérdidas en una contabilidad; pero nos engañamos a nosotros mismos si imaginamos que no se ha producido ninguna pérdida como consecuencia de ello. *La mundanidad es una pérdida total para el alma*, por la sencilla razón de que «el mundo pasa, y sus deseos» (1 Juan 2:17).

En Génesis 12 leemos que «descendió Abram a Egipto» (v. 10), y en el capítulo 13 cómo regresó: «Y volvió por sus jornadas desde el Neguev hacia Bet-el, hasta el lugar donde *había estado antes su tienda* entre Bet-el y Hai, al lugar *del altar que había hecho allí antes*» (v. 3-4)). Todo lo que había sucedido entre su ida y su regreso se había *perdido*. Había vuelto al mismo lugar de donde había salido. Noemí, su marido y sus 2 hijos se fueron a Moab (el mundo), pero cuando regresó ¿qué confesión hizo? «Me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías» (Rut 1:21).

### 3.2 - Las pérdidas espirituales de la mundanidad

¿Y las pérdidas espirituales? ¿Quién podría calcular la pérdida total que los cristianos se infligen a sí mismos por la mundanidad y a los hombres en general? Alguien dijo una vez: “No me extraña que los hombres sufran, me extraña de lo que *pierden*”. Al principio de la historia de la Iglesia, los creyentes se alegraban de sufrir antes que de perder; parece que nos gusta más perder que sufrir.

*Y ¡qué pérdida!* En primer lugar, la *pérdida de Dios*, en la privación de la comunión de su pueblo, por ser «inmundo» a causa de los muertos (Núm. 9:6-14), y luego, posteriormente, de su culto.

Luego está la *pérdida para el individuo* (Núm. 19:11-16); pérdida de gozo, de fuerza y de progreso; pérdida de poder espiritual y frescor; todo parece viejo e insípido, en lugar de ungido con aceite puro; pérdida de un conocimiento de Dios que no se profundiza, con todo lo que ello conlleva.

Y luego está la *pérdida de tiempo* que es nuestro para usarlo una vez, solo una vez, y que se malgasta en cosas que no producen más resultados que decepción, mientras todos los tesoros de sabiduría y conocimiento yacen a nuestros pies, sin que les prestemos mucha atención.

Luego está el efecto producido sobre los otros a causa de nosotros. Todo lo anterior sería suficiente, pero tenemos que considerar lo que hacemos perder a los demás; no pensemos que nuestra mundanidad nos afecta solo a nosotros mismos. Los hijos pronto la descubren en sus padres y la imitan. ¡Cuántos hogares que habían sido testimonios de la poderosa gracia de Dios quedan desolados, porque los *hijos los han abandonado por el mundo!* En 9 de cada 10 casos, los hijos no son los únicos culpables. *¿Y qué decir sobre el efecto producido sobre el mismo mundo* por un cristianismo mundano? Solo tenemos que mirar a nuestro alrededor para verlo. En la escasez de conversiones, en la indiferencia generalizada, en el desprecio absoluto que muchos sienten hoy por el cristianismo, vemos demasiado bien el nivel al que ha caído la Iglesia, y su absoluta incapacidad para traer salvación o bendición.

¿Alguna de las diversas denominaciones de cristianos profesos comienza a darse cuenta de esto? ¿Empiezan a descubrir que los accesorios mundanos de lo que llaman vida eclesiástica –las ventas de caridad, los conciertos, las 1.000 maneras de recaudar dinero y proporcionar diversión– son, después de todo, inútiles, excepto que son un medio de servir la carne?

Podemos esperar, sin embargo, que para algunos cristianos la verdad esté saliendo a la luz de forma lenta pero segura, que al adoptar tales métodos han estado trabajando bajo la influencia de una terrible ilusión. Ciertamente es mejor decir como Pedro: «Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te doy», que ser identificado con un sistema que se jacta: «¡Soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad!» y, sin embargo, no tiene nada que dar que valga la pena tener (Hec. 3:1-7; Apoc. 3:14-18).

Cualquiera que sea la forma en que veamos *la pérdida a causa de la mundanidad*, ya sea para Dios, para nosotros mismos o para los demás, estamos impresionados por la magnitud de esa pérdida; recordemos de nuevo aquellas palabras citadas anteriormente: “No me maravillo de lo que sufren los hombres, me maravillo de lo que pierden”.

## 4 - El remedio

Intentemos brevemente encontrar uno. Pero antes recordemos que el *cristiano no es de este mundo*. Las palabras de Nuestro Señor no dejan lugar a dudas sobre este punto: «No son del mundo, como yo no soy del mundo» (Juan 17:14). El Señor separa aquí definitivamente a los suyos del mundo y los asocia a sí mismo. Por supuesto, si profesamos seguir a Cristo, estamos obligados a aceptar la posición que él nos da. No nos pide que seamos en modo alguno distintos de él, pues dice: «como yo no soy del mundo».

Si soy mundano, me separo del corazón de Cristo, de Aquel que me amó y se entregó por mí.

Veamos, pues, lo que *hizo Cristo* para que no fuéramos mundanos: Él «quien sí mismo se dio por nuestros pecados, para librarnos del presente siglo malo, según la voluntad de nuestro Dios y Padre» (Gál. 1:4).

Su propósito al entregarse por nuestros pecados era *liberarnos del mundo*. ¿Por qué aceptar la primera parte de este versículo e ignorar la segunda? ¿Por qué aceptar el perdón y no la liberación del mundo? El mundo es perverso y no apto para el Padre, por lo tanto, tampoco para sus hijos; y Cristo se entregó expresamente para liberarnos de él. ¿Deben los hijos buscar un lugar donde el Padre no lo tiene? Muchos dirían que no pueden continuar en sus pecados, puesto que Cristo murió por ellos. Pero Él también murió para liberarnos del presente mundo malo. Entonces, ¿cómo podemos continuar con el mundo?

Este texto no significa, como algunos quieren hacernos creer, que Cristo se entregó por nuestros pecados para que, habiendo pasado toda nuestra vida disfrutando de este mundo, pudiéramos, al morir, estar introducidos en un mundo mejor. Pero significa una liberación presente y real del mundo. Las palabras del apóstol en esta misma Epístola lo demuestran: «Lejos este de mí de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me ha sido crucificado, y yo al



mundo» (Gál. 6:14).

Así que hay 4 cosas que se interponen entre nosotros y el mundo:

1. Las palabras de Cristo: «No son del mundo» (Juan 17:14).
2. Cristo mismo: «Quien sí mismo se dio por nosotros para redimirnos» (2 Tito 2:14).
3. La voluntad del Padre: «Según la voluntad de nuestro Dios y Padre» (Gál. 1:4).
4. La cruz: «por quien el mundo me ha sido crucificado» (Gál. 6:14).

Si no tuviéramos nada más, estas 4 cosas deberían proporcionarnos por sí solas un antídoto suficiente contra la mundanidad. Para ser mundano, hay que pisotearlas. ¿Están ustedes dispuestos a hacerlo?

Pero aún más: el gozo de la comunión con el Padre y con el Hijo será una salvaguardia adicional. Si conociéramos este gozo, no dejaríamos fácilmente que el mundo nos privara de él, porque esta comunión significa una plenitud de gozo. «Estas cosas os escribimos –dice el apóstol– para que vuestro gozo esté completo» (1 Juan 1:4). El gozo del Padre está colmado, el del Hijo está colmado, y si nuestra comunión es con ellos, nuestro gozo también estará colmado (perfecto, completo); cuando lo hayamos probado una vez, el mundo dejará de tener atracción para nosotros.

La Primera Epístola de Juan nos presenta 2 esferas. La del Padre y la del mundo. Cristo llena la primera, Satanás la segunda. En la esfera que Cristo llena, saboreamos los gozos divinos aprendiendo lo que el Hijo es para el Padre. La otra esfera está gobernada por el dios de este mundo. Fijense en la descripción que hace el apóstol de la esfera del mundo. Se caracteriza por las tinieblas (1 Juan 1:5), es decir, en ella no se conoce verdaderamente nada de Dios; todo lo que se encuentra en ella es: «los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida» (2:16). Luego, en el capítulo 2:17 aprendemos que «el mundo pasa y sus deseos»; en el capítulo 3:13 lo vemos lleno de odio contra lo que es de Dios; finalmente, el capítulo 5:19 declara que el mundo entero yace en el maligno.

¿En cuál de estas esferas elegiremos vivir? Se dice que Cristo está en el seno del Padre. «El mundo entero yace en el maligno». ¡Qué contraste! Nuestros afectos deben estar en una u otra de estas esferas; no pueden estar en ambas al mismo tiempo. «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (Juan 2:15). Si consideráramos el verdadero carácter del mundo, que reside en los malvados, retrocederíamos horrorizados.

Pero encontramos aún otro círculo, o esfera: «Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos» (1 Juan 3:14). Oh, cultivemos el afecto con los cristianos piadosos. “Amen a los hermanos”, y encontrarán que estas relaciones en la familia de Dios son una barrera eficaz entre ustedes y el mundo. Tales afectos son siempre señal de buena salud; una oveja enferma suele apartarse del rebaño.

Así que además de estas 4 cosas que nos separan del mundo, las palabras de Cristo, Cristo mismo, la voluntad del Padre y la cruz de Cristo, vemos que el creyente encuentra su parte propia en una esfera *fuera* del vasto sistema llamado mundo.

Pero hay algo más. Sabemos por 1 Juan 5:5 que el que cree que Jesús es el Hijo de Dios es victorioso sobre el mundo. Que cada uno de nosotros se dé cuenta de esto: o somos victoriosos sobre el mundo, o el mundo será victorioso sobre nosotros. Por eso es muy importante que comprendamos lo que significa creer que Jesús es el Hijo de Dios. Sin entrar en una explicación completa de este pasaje, podemos decir que, al conocer a Jesús como el Hijo de Dios, somos conscientes de que estamos en presencia de Aquel que es suficiente para Dios y según Dios, y lo suficientemente grande como para revelárnoslo. Esta revelación de Dios está contenida en este nombre: Hijo de Dios. Conocemos (y nuestra felicidad reside en este conocimiento) a Aquel en quien Dios encuentra toda su complacencia, Aquel que no es de este mundo. Es en la fuerza que nos da esta revelación donde salimos victoriosos del mundo.

No podemos terminar sin decir unas palabras sobre la segunda venida del Señor. Esta verdad es una de las pruebas más contundentes de que el cristiano no es de este mundo, y también, si permitimos que ejerza su poder sobre nuestras almas, el motivo más fuerte para que vivamos separados.

#### 4.1 - Los 2 aspectos de la venida del Señor para animarnos

Por una parte, esperamos ser arrebatados de este mundo en cualquier momento; por otra, esperamos al Hijo de Dios que, desde el cielo, derrocará el sistema actual del mundo para instaurar su propio reino. En cuanto al *primer aspecto*, basta recordar a los lectores que el Señor puede descender en cualquier momento para llevarnos a su encuentro «en el aire» (1 Tes. 4:17); abandonaremos todo lo que poseemos y todas nuestras ocupaciones. No tendrán ni sombra de valor para nosotros, así que tomémoslos ahora por lo que son.

En cuanto al *segundo aspecto* de la venida del Señor, hay 2 escrituras, en sorprenden-

te contraste entre sí, a las que hay que hacer una breve alusión. Ambas se encuentran en **2 Timoteo 4**: en el versículo 8 leemos de aquellos que «*aman* su aparición», y solo 2 versículos más abajo encontramos a Demas que *amaba* «el presente siglo». Cada cristiano ama una de estas cosas. Solemne pregunta para cada uno de nosotros: ¿Cuál amo yo? Dios nos concederá 2 cosas: *mostrarnos* por medio de su Palabra el verdadero carácter, progreso y fin del mundo actual, y *fixar* nuestros corazones en Aquel que viene, que pondrá todo patas arriba y establecerá lo que es conforme a Dios. Para que Dios pueda hacer esto, estudiemos particularmente lo que la Palabra nos dice sobre este tema; entonces, viendo cuán inestables son las cosas presentes del mundo, anhelaremos la aparición del Señor.

Finalmente, recordemos que no es la separación externa del mundo lo que basta para mantenernos alejados de la mundanidad. No se trata solo de abstenerse de teatros y lugares dedicados al placer. Se puede dejar todo eso y guardar el mundo en el corazón. A los ojos de Dios, quien es culpable de bajeza, quien persigue la ganancia a toda costa, quien busca ganar lo más posible en todos los ámbitos para sí mismo y para su familia, mientras hace muy pequeña la porción del Señor, tiene tanto *el espíritu del mundo* como quien se entrega a los placeres. A menudo lo olvidamos y nos contentamos con limpiar el exterior de la taza y del plato sin tocar el interior.

Que el Señor libere tanto al escritor de estas líneas como a sus lectores, no solo de *todas las formas de mundanidad*, sino también *del espíritu del mundo*, y nos recuerde constantemente estas palabras del apóstol: «La religión pura y sin mancha ante el Dios Padre es esta: Visitar a huérfanos y viudas en su aflicción, y guardarse *sin manche del mundo*» (Sant. 1:27).